

EDITORIAL

La comunidad académica ante los retos del fortalecimiento de la sociedad civil

A. La problemática actual

La sociedad mexicana atraviesa por un profundo y preocupante proceso de polarización. La crisis económica agudizada durante la década de los ochenta, exacerbó la situación de pobreza en la que se encontraban los sectores mayoritarios de la población nacional y llevó a las mismas condiciones a sectores que anteriormente se encontraban en una situación socioeconómica al menos estable. Esta realidad se vio fortalecida por las políticas que, por una parte, pusieron el peso del sacrificio social en los sectores más pobres y, por otra, como resultado del adelgazamiento del Estado, provocaron la contracción del gasto social. Las consecuencias de la conjunción de estos factores sobre la calidad de vida de amplios sectores de la población pueden observarse ya, con claridad, en información estadística diversa. Al mismo tiempo, los indicadores macroeconómicos de crecimiento y estabilidad muestran un comportamiento alentador: se reduce la inflación, se estabiliza la paridad cambiaria, mejora —aunque con altas y bajas— la balanza comercial, ingresan divisas y crece la inversión productiva y logramos un crecimiento del PIB ya significativamente positivo —3.6% en 1991. En efecto, el haber puesto la carga del ajuste económico en los sectores más pobres permitió lo anterior, con un saldo polarizante que visiblemente acentúa los contrastes sociales y económicos.

Lo anterior es conocido por todos; sin embargo, lo que a menudo no se percibe es el efecto sinérgico del deterioro de la calidad de vida. La pobreza se va haciendo integral y se retroalimenta. Se entorpecen las

posibilidades del rompimiento del círculo vicioso de la pobreza. Por ejemplo, la desnutrición y las malas condiciones de salud dificultan el aprendizaje; el deterioro de la institución escolar destinada a los sectores empobrecidos es cada vez menos apta para enfrentar estos problemas; la estrechez del mercado de trabajo, junto con la consecuente falta de resultados reales de aprendizaje, impide el logro de mejores niveles de nutrición y salud. La pobreza se reproduce a sí misma.

Esto ocurre al mismo tiempo que México decide ingresar aceleradamente a la modernidad, lo cual exige competitividad. Las exigencias de este proceso, consecuencia de su propia dinámica, establecen prioridades de política económica que es necesario enfrentar con urgencia: la reconversión tecnológica, la formación de los recursos humanos que esta reconversión requiere, y la adopción y adaptación de tecnologías para hacerle frente, aparecen como los objetivos prioritarios de las instituciones más estables del país, incluidas entre ellas los centros académicos. Con ello se corre el riesgo de acentuar el proceso de polarización.

A la vez, es necesario reconocer que México ha entrado en un claro proceso de transición hacia una vida democrática. Aunque con características de inmadurez y fragilidad, la emergencia de la sociedad civil es ya particular de la sociedad mexicana, sobre todo a partir de 1985. El crecimiento y fortalecimiento de las organizaciones sociales, la ampliación del espectro de acción de las organizaciones populares, la vinculación y reticulación creciente entre organizaciones tanto de base como de promoción del desarrollo social, se manifiestan ya en hechos societales importantes. Algunos de éstos son: el ejercicio de la democracia no sólo en los momentos electorales, sino en los procesos internos de las propias organizaciones; la creciente cultura de los derechos humanos y su repercusión en la institucionalidad; la diversificación de las formas de interlocución con el Estado, que incluyen, además de la necesaria confrontación, la concertación y la negociación a partir incluso de propuestas concretas. Los actores —protagonistas sociales— se multiplican y diversifican.

Por lo tanto, ante esta realidad, necesariamente simplificada en las tres características que nos han parecido especialmente relevantes, conviene reflexionar sobre el papel de la comunidad académica.

B. El quehacer de la comunidad académica

La presencia del sector académico ante la realidad que ya delineamos es importante. Este sector produce diagnósticos e interpretaciones de la realidad; genera pronósticos y advertencias; contrasta y compara con las experiencias de otros países; resume el conocimiento acumulado en torno a temas específicos para fundamentar sus juicios; realiza investigación aplicada para la solución de problemas concretos; difunde sus conocimientos y forma a los cuadros especializados que en breve se convertirán en actores sociales, económicos, políticos y culturales.

Todo ello se realiza en un contexto de creciente pauperización de las condiciones necesarias para desempeñar adecuadamente su función. La investigación es costosa y debe ser socialmente financiada. Todos conocemos los problemas cualitativos que afectan nuestras universidades, que manifiestan dificultades cada vez mayores para enfrentar procesos de formación profesional. La productividad de nuestros investigadores se mide y se premia con criterios de eficiencia que no necesariamente fomentan el desarrollo del tipo de investigación que nuestro país requiere. Y éstos son sólo ejemplos de los problemas relativos a la producción de conocimientos.

En parte por esto, pero ciertamente no sólo por ello, la presencia del sector académico ante la problemática nacional es poco orgánica; los quehaceres académicos se encuentran fragmentados y las diversas instituciones se relacionan poco entre sí. Sus proyectos, sobre todo de mediano plazo, son endebles. Las presencias más fuertes ante la sociedad dependen más de personalidades individuales que de propósitos institucionales. Y quizás el reto más importante de la comunidad académica reside en el logro de la organicidad. La comunidad académica debe llegar a formar parte orgánica de la sociedad civil mexicana si lo que persigue es potenciar sus fortalezas en la promoción del desarrollo; a ellas nos referiremos enseguida.

La función diagnóstica. Es inherente al quehacer científico, ya que representa un requisito que permite ubicar a las investigaciones en el contexto dentro del cual se produce conocimiento. La comunidad científica mexicana produce diagnósticos y los actualiza en forma continua. Sin embargo, estos diagnósticos no se socializan suficientemente, ni siquiera al interior de la comunidad académica más allá de los límites de cada disciplina. Menos aun se socializa al exterior, a la opinión pública más amplia, de forma sistemática y procurando una interlocución diversificada.

Por el propio peso de la información que reúne y sistematiza, cumple una importante función de denuncia y de advertencia. Además diversifica las interpretaciones de la realidad, lo cual a su vez permite asegurar una mayor criticidad entre sus interlocutores. Fomenta la creatividad en la búsqueda de soluciones, no sólo desde la vida académica misma sino en todos los planos del quehacer social y político. Genera discusión, lo cual es en sí mismo fuente de nuevas preguntas e hipótesis que alimentan la generación de conocimientos científicos. En este campo, nuestra experiencia en la elaboración de diagnósticos es que cuando éstos se socializan, se modifican las orientaciones fundamentales de las políticas educativas del lado de la oferta, y la capacidad de la exigencia efectiva sobre el servicio educativo del lado de la demanda.

La función pronóstica. En esta función se sintetiza la capacidad del quehacer científico de hipotetizar futuros, tanto extrapolando tendencias como introduciendo modificaciones a los factores intervinientes. Es también inherente al quehacer científico, ya que la predicción es uno de sus objetivos esenciales. Esta función tiene también un importante papel de denuncia, aun cuando se ubica fundamentalmente en el anuncio de posibilidades nuevas de futuro; es lo que libera a las sociedades de la fatalidad. A su vez, tiene la capacidad de desarrollar líneas de investigación y de acción que nos permiten concebimos como creadores de nuestro propio proyecto de futuro, inclusive aceptando condicionantes que se magnifican en la coyuntura actual de los cambios sociales mundiales.

Desde la perspectiva global de la función pronóstica de la comunidad académica como un todo, hay algo que nos acerca a la recuperación de la utopía, pues nos permite fundamentar un proyecto de nación o, al menos, de un modelo de sociedad al que aspiramos desde lo que somos. Las características de un modelo de esta naturaleza están aun por dibujarse. Pero en sus grandes pinceladas hay elementos en torno a los cuales se podría lograr consenso: una sociedad democrática, sustentada en una sociedad civil fuerte, con organizaciones intermedias capaces de dar identidad a la pluralidad de grupos y culturas, en la que el logro gradual pero constante de mayor equidad y justicia marque el rumbo y el criterio evaluativo de la evolución de nuestra sociedad, en la que el peso relativo de cada sector en la toma de decisiones sea al menos proporcional a su magnitud en la sociedad.

Como comunidad académica tenemos que aceptar que no hemos siquiera intentado poner las bases para un esfuerzo de consenso de esta

naturaleza. Construir un programa mínimo, consensado, en conjunto con otros sectores de la sociedad, que oriente las acciones y proporcione los criterios fundamentales a partir de los cuales criticar, explicar y proponer, es sin duda muy difícil de lograr, es casi una utopía. Pero como propuesta de futuro podría parecer alentadora.

Nuestra experiencia es haberlo intentado en la comunidad académica propia, a nuestro interior. Ello sin duda es lo que nos ha permitido mantener nuestras prioridades y acumular conocimientos en la línea de lo deseado. Este “programa mínimo”, desde luego, no es estático; por el contrario, tiene que ser continuamente revisado conforme cambia la realidad tanto estructural como coyunturalmente.

La función investigativa. Las dos funciones anteriores son parte del quehacer de la investigación y fruto de la misma, no obstante conviene mantenerla aparte por razones analíticas. Trataremos aquí la función que se refiere a la generación de conocimientos. Desde el punto de vista del rol de la comunidad académica en la promoción del desarrollo, planteamos dos preguntas que son de sentido común: para qué y para quién investigamos. Las respuestas son enormemente diversificadas; pero dentro de esa diversidad quizás encontremos que investigamos fundamentalmente para nosotros mismos. Nos comportamos como comunidades cerradas, dentro de las cuales los criterios de éxito nada tienen que ver con los criterios de eficiencia y eficacia respecto a las necesidades de la sociedad nacional, menos aún de sus sectores mayoritarios. Las respuestas a estas preguntas rara vez se explicitan en nuestro quehacer cotidiano.

Otro indicador de las sociedades cerradas que constituimos es nuestra capacidad de acumular los conocimientos que generamos al interior de las disciplinas, con el lenguaje de cada una de ellas, en los órganos especializados que han sido creados para ello. Pero entre disciplinas estamos lejos de lograrlo. Respecto a lo que sucede en otros países, hay un proceso de selectividad muy grande: conocemos las grandes teorías, y muy poco de las investigaciones específicas.

Pero al interior mismo de las disciplinas se establece una relación demasiado tajante entre la investigación básica y la investigación aplicada. Especializamos nuestro quehacer dentro del área de generación de conocimientos, y lejos de propiciar una dialéctica entre la investigación básica y la aplicada, en la que la primera alimenta a la segunda y ésta plantea preguntas y exigencias a la primera, mantenemos separados los dos campos. Cometemos el error de suponer que la investigación

orientada a resolver problemas es aplicada. Sin embargo, las grandes transformaciones de la sociedad, a las que la ciencia ha contribuido, provienen de la investigación básica.

La función formadora. Una de las funciones de la comunidad académica, quizá la que mayor tiempo/investigador consume, es la de formación. En ella invertimos gran parte de nuestra energía. Sin embargo, parece que cumplimos esta función con dos grandes deficiencias: nuestra prioridad está puesta entre los formandos que tenemos inmediatamente presentes. No reconocemos el sistema educativo, como un todo como espacio de formación, y más allá de quejarnos de lo mal preparados que llegan los estudiantes de los niveles previos, poco tenemos que ver con su estudio y transformación. Tampoco reconocemos, en toda la plenitud, a la sociedad más amplia como espacio de formación. Consideramos que el trabajo de extensión es marginal, que se encomienda, en general, a no investigadores. Tampoco hemos sido capaces de vincularnos con los otros formadores de la sociedad: el magisterio, los medios de comunicación, los agentes informales, la iglesia, los dirigentes sociales, el propio Estado.

La segunda deficiencia es que centramos nuestra preocupación por la formación en lo que estrictamente nos corresponde como profesionales. Hemos dejado de lado la dimensión ética en la formación. Y sin embargo, esta dimensión es la que puede darle sentido a nuestro propio desarrollo, la que subyace a esa búsqueda de consenso mínimo sobre la sociedad deseada. Si la comunidad académica no asume la construcción —como proceso dinámico— de la nueva ética de la sociedad moderna, ¿quién la construirá por nosotros?

La función política. Es evidente que el quehacer científico tiene una función política; ningún quehacer científico es neutral. Asumir esta falsa neutralidad significa adoptar ya una postura política. Es necesario explicitar esta opción, ya que permitirá identificar a los destinatarios prioritarios de los resultados; fomentará y facilitará la traducción de los mismos; conducirá a no tenerle miedo a la formulación —por más hipotética e inacabada— de propuestas de política (social, económica, cultural); y llevará a la comunidad académica a reconocerse como parte orgánica de la sociedad civil.

Al mencionar estas funciones nos hemos referido a los retos a los que ha de enfrentarse la comunidad académica si quiere poner su quehacer al servicio de la promoción del desarrollo; en pocas palabras estos retos son los siguientes:

- a) El del “accountability”: es necesario poder rendir cuentas de nuestro quehacer a la sociedad; pero también lo es conformar una comunidad más de la sociedad a la cual el gobierno deba rendirle cuentas.
- b) El de dibujar un proyecto de nación, con énfasis en su dimensión ética, que oriente nuestros planes institucionales a mediano plazo.
- c) El de romper el cerco de nuestras instituciones, acumulando conocimiento (hacia adentro de la comunidad) y socializándolo (hacia afuera de la comunidad).
- d) El de poner a prueba nuestras hipótesis y nuestras propuestas en el laboratorio de la realidad, con interlocutores de la sociedad.
- e) El de ampliar el espectro de nuestros formandos.
- f) El de conformar, en discusión franca y crítica con otros sectores de la sociedad y con el Estado, políticas económicas y sociales.
- g) Y el de reconocer y de saber aprovechar la riqueza y la pluralidad que nos define y constituye.

En una palabra es el reto de atrevernos a pensar en grande; a pensar en la sociedad como un todo, en su devenir y en su futuro posible, en la responsabilidad y la necesidad de rendirle cuentas de nuestro quehacer al país del que formamos parte. En la medida en que se vaya asumiendo, estará atravesado por un conjunto de tensiones, viejas y nuevas, que conviene reconocer para poder enfrentarlas.

- a) La tensión entre el objetivo externo y el objetivo interno del proceso de generación de conocimientos.
- b) La tensión entre las exigencias de calidad de la generación de conocimientos y la urgencia de las soluciones necesarias.
- c) La tensión entre la dinámica del conocimiento y la dinámica de la opción.
- d) La tensión entre la búsqueda de la verdad y la búsqueda de la eficacia.
- e) La tensión entre la constancia necesaria en el proceso de generación de conocimientos y la inconstancia de las coyunturas y de los cambios globales.
- f) La tensión entre la minucia y el rigor propios del quehacer académico y la magnitud de los problemas y de sus exigencias.

Estas tensiones no representan polos opuestos entre los que se tiene que optar. Ambos polos son necesarios en el esquema que se plantea. Hay que tener la audacia y la creatividad para resolverlas en cada caso.

Hemos planteado un esquema muy abstracto y obviamente idealista de la relación entre ciencia y promoción del desarrollo en una realidad como la mexicana hoy. Creemos, sin embargo, que algunas de las ideas aquí planteadas pueden quizás contribuir a que no sean los acontecimientos externos y cupulares los que vayan determinando el rumbo futuro del país y nos replieguen, como ha sucedido en el pasado, en el cumplimiento de la primera función aquí mencionada: la del diagnóstico-denuncia.